

no es —como Salinas decía— los poemas. Los poemas son sólo su efecto y conclusión; su causa es anterior e interior. Su causa es lo que Vivanco nos describe: un estado distinto, en el que la realidad logra objetivarse. Por eso, la poesía es, más que su resultado, su intención. Y más aún: la voluntad de voz en el vivir, que es su continuado sucederse. Pues bien, la prosa de Vivanco —sus poemas, también— transparecen, bajo esta nueva luz que es su *Diario*, como un total cerrado serse en sí. Lo que destaca, en ella, es su constitución: el *Ecce homo* que este *Diario* supone y representa. En él, el hombre es tan importante o más que fue el poeta.

Jaime Siles

Compás errante

De repente, dos consideraciones. Una con respecto al autor, otra en relación al libro. Su autor goza de buena salud literaria; esto, que parece una obviedad, hay que matizarlo: se trata del octavo libro de poesía; lógico fuera que se apercibiese un cierto jadeo, un evidente cansancio: No es así. Su decir es aún muscular, enjuto, no verboso: que si se dejase llevar no pararía. Lo segundo sea que este libro, cuya materia nuclear es el cante y el baile, rebasa su interés hasta convertirse en literatura atractiva para el profano. Así es de vertiginoso este *Compás Errante* (Orígenes. Madrid, 1985) que hoy nos detiene.

No sé si dejarme arrastrar por la imagen —esta obra es en verdad un mapamundi de metáforas— y comparar el libro a una cresta de ola donde, a más de su elevación y justeza idiomática, mostrase los distintos ímpetus contrastados que la animan. El libro de una parte es gitano, de otra payo. El libro es antiquísimo y en él se destilan las esencias de lo moderno. Vamos a ello.

Desde el *Romancero* lorquiano —y aún antes: Machado y Alvarez— la materia gitana ha inspirado señalados y relevantes libros. Véanse en nuestros días las obras de Fernando Quiñones, de Manuel Ríos Ruiz; véase *Charol* de José Heredia Maya, libro que injusta y lastimosamente no ha tenido el refrendo que fuera desear. José Heredia es gitano de cuerpo entero, Antonio Hernández payo *man que le pese*. Pero ha nacido en Arcos de la Frontera (1943), el pueblo —decía Azorín— más bello de España. Esto es, siente, bien y mucho, lo gitano, y, además, en contraste con lo payo. En su libro

él habla de que «con sabores la cueva se iba preparando». Hay cuevas en Arcos. Y a las tantas renace el cante. Todo lo demás fue liturgia, para el advenimiento del duende: el vino, el rasguear de la guitarra, la noche estrellada fuera; el duende puede llegar o no. «Los grandes artistas del sur de España, gitanos o flamencos, ya canten, ya bailen, ya toquen —dice Federico García Lorca—, saben que no es posible ninguna emoción sin la llegada del duende.» Antonio que viene de Madrid harapiento de nostalgia está allí seguro. Y esto hay que verlo. Su emoción. Pero también su nervio, su brío, su temple. Los mismos con que esmerila el espejo fatal y sabio de su libro.

Pero es que, además —hablando en son de contrastes— el libro ofrece un contenido ancestral, donde lo genial, lo categóricamente telúrico se alquitara y por sí solo se defiende, en una arquitectura pristina, novedosa, chocante. ¿Qué es esto de *apartado* tal o cual? ¿No fuera más deseable el epígrafe de ficción? ¿Está dicha funcionalidad en consecuencia con el libro? Abrámoslo: es así. Se habla de «... la solapa altiva y burocrática / de un hincha en el domingo» y también de «... las espadas con el *made in castilla*». O sea, estamos ante un escritor de nocturnidad que no puede olvidar los resoles agrios del mediodía de su tiempo. Esto es: un sincrético que parte de lo diacrónico. Y en este sincretismo obra, como pespunte de la lírica atemporal, la hilatura de lo cotidiano, de lo prosaico afirmado en lo íntimo, en lo inminente.

Enfrenta *Compás Errante* su autor rompiendo por lo genesiaco: «Entonces no existían la voz ni la palabra», es el primer verso. Después viene el hacer historia, dolorida, enjundiosamente. Hay versos espléndidos, de éstos que se ve que salen solos, pero al cabo de muy madurados. Aquí se sitúa la sección más sólidamente inspirada. Versos donde está presente ese tirón de la tierra, eso que Federico hablaba del «tuétano de las formas» y que, por lo mismo, es el estilo «que ama el borde, la herida». De aquí que Hernández sitúe muchos de sus poemas en la noche del sentido —*la layla-l gabdl* de la Mora de Ubeda— y haga que en ese su firmamento espesísimo vibre al pronto la culebrina del cante. Estamos ante lo que Manuel Torre llamaba sonidos negros. Que son contemporáneos al rocío. Esto es el duende.

Ahora ved estos versos: «la arrebujada, crespá, bruna, inmensa / opacidad girando en aquel sueño». Esto podría ser ya acompañado de palmas. O bien este otro donde asoma el raro sentido táctil presente en la poesía de Hernández: «... Y las maromas, / los toros, las marismas, las sales del costado / del borrón incansable...». Los saberes asumidos: «... pletórico de guzlas, / de versos de don Luis sin haberlo bebido,», o la vislumbre adivinadora, trascendental: «Allí nació otra vez por ver primera», y el senequismo sentencioso (no fuera andaluz si no): «... su raza donadora en él estampa y dice / que cualquier solución es un fracaso antiguo».

De mapamundi de la metáfora hemos saludado *Compás Errante*. Es por ello que a este primer continente —apartado gitano— de tan vibrantes atavismos siguen otros tantos *convoyes* de lo asombroso: apartado payo, de la guitarra, del baile, de los cantaores. «Yo los vi, porque ver era sentirse dentro». Esto es «se acabaron los gitanos que van por el monte solos». «Gentes del escaldillo y la vereda, / de los metales finos y el canasto» pasan por el ánimo del lector de *Compás Errante* con el pesar de una caravana nocherniega, rumbo a no se sabe qué ignotos mundos. Quizás por ello que «amar es suplir la agonía». Porque, sobre la nostalgia de estas gentes de Undibé, hijos de las

siete lunas, está el desgarrar de sentir las vivas en la entraña, tras que premáticas con el mohoso olor de las covachuelas de palacio, y el tizón de vanas ejecutorias, a más del aciago palpitar de espadas intolerantes, no pudieran contra el nervio, el brío y el temple andaluz. El mismo de *Compás Errante*.

Antonio Enrique

Un gran libro sobre el libro

La Fundación Germán Sánchez Ruipérez ha tenido el gran acierto de abrir una colección dedicada al libro, que tratará en unos pocos volúmenes de formar un corpus esencial y abarcador de todas las cuestiones relacionadas con el libro como objeto. Así aparece esta *Historia del Libro*,* que, como es natural, fue encargada a Hipólito Escolar, seguramente la mayor autoridad en el tema en el momento presente. Siguiendo a este volumen saldrá la *Historia de las Bibliotecas*, firmada asimismo por Escolar, y que sin duda será tan importante y de fundamental y permanente consulta como el primero para gran cantidad de estudiosos.

Comentar un libro como el presente no se me hace muy posible. De la inmensa erudición del antiguo director de la Biblioteca Nacional sólo cabía esperar un libro perfecto. Y eso es justamente lo que nos ha ofrecido. Años atrás había sacado ya cuatro partes de una Historia Social del Libro: *La tableta cuneiforme, Egipto, Del alifato a la Biblia y Grecia*, los tres primeros en 1974, y el cuarto al año siguiente, además de otras publicaciones menores sobre el libro.

Como realmente no tengo nada que contradecir, y además soy un neófito comparado con Escolar, paso a dar referencia sumaria para que el lector tenga una idea de su distribución.

El capítulo inicial trata del nacimiento de la escritura y del libro anterior a ella, o sea, el libro oral, generalmente poemas rítmicos que se van transmitiendo de generación en generación junto con las demás tradiciones. Comenta las diversas sobre los orígenes de la escritura y de sus diferentes modos y su desarrollo.

* Hipólito Escolar, *Historia del Libro*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Ediciones Pirámide. Madrid, 1984.